

Importancia del Laicado en la Iglesia Según el CONCILIO VATICANO II

Por el extraordinario interés que representa para la mayoría de nuestros lectores lo que el Concilio Vaticano II ha declarado sobre los laicos, incluimos en este número de la revista lo que se contiene en la Constitución Dogmática sobre la Iglesia acerca de ellos. Su lectura les servirá, estamos seguros de ello, de gran consuelo.

La parte reproducida aquí está tomada del Cap. II "El pueblo de Dios", y del Cap. IV "Los Laicos". Se añade el Cap. V "Universal vocación a la santidad en la Iglesia" por comprenderse en esta vocación de un modo especial también los laicos.

Usamos en este Documental de la edición preparada por el P. Francisco García-Salve, S. J. y editada por "El Mensajero del Corazón de Jesús", Bilbao, 1965, conservando la numeración de las notas tales como vienen en dicha edición. Los subtítulos son añadidos y no están en el texto original.

CONSTITUCION DOGMATICA SOBRE LA IGLESIA.

CAPITULO II

EL PUEBLO DE DIOS

Nueva alianza.

9. En todo tiempo y lugar son aceptos a Dios los que le temen y practican la justicia (cf. Act 10, 35). Quiso, sin embargo, el Señor santificar y salvar a los hombres no individualmente y aislados entre sí, sino constituir un pueblo que le conociera en la verdad y le sirviera santeamente. Eligió como pueblo suyo el pueblo de Israel, con quien estableció un pacto, y a quien instruyó gradualmente, manifestándose a Sí mismo y sus divinos designios a través de su historia y santificándolo para Sí. Pero todo esto lo realizó como preparación y símbolo del nuevo pacto perfecto que había de efectuarse en Cristo, y de la plena revelación que había de hacer por el mismo Verbo de Dios hecho carne: "He aquí que llega el tiempo, dice el Señor, y haré un nuevo pacto con la casa de Israel y con la casa de Judá. Pondré mi ley en sus entrañas y la escribiré en sus corazones, y seré Dios para ellos, y ellos serán mi pueblo... Todos, desde el pequeño al mayor me conocerán, afirma el Señor" (Jer 31, 31-34). Pacto nuevo que estableció Cristo; es decir, el Nuevo Testamento en su sangre (cf. I Cor 11, 25), convocando un pueblo de entre los judíos y los gentiles, que se condensara en unidad no según la carne, sino en el Espíritu, y constituyera un nuevo Pueblo de Dios. Pues los que creen en Cristo, renacidos de germen no corruptible, sino incorruptible, por la palabra de Dios vivo (cf. I Pe 1, 23), no de la carne, sino del agua y del Espíritu Santo (cf. Jn 3, 5-8), son hechos por fin "linaje escogido, sa-

cerdocio real, nación santa, pueblo de adquisición... que en un tiempo no era pueblo, y ahora pueblo de Dios" (I Pe 2, 9-10).

Ese pueblo mesiánico tiene por Cabeza a Cristo, "que fue entregado por nuestros pecados y resucitó para nuestra salvación" (Rom 4, 25), y habiendo conseguido un nombre que está sobre todo nombre, reina ahora gloriosamente en los cielos. Tiene por suerte la dignidad y libertad de los hijos de Dios, en cuyos corazones habita el Espíritu Santo como en un templo. Tiene por ley el mandato del amor, como el mismo Cristo nos amó. Tiene últimamente como fin la dilatación del Reino de Dios, incoado por el mismo Dios en la tierra, hasta que sea consumado por El mismo al fin de los tiempos, cuando se manifieste Cristo, nuestra vida (cf. Col 3, 4), "la misma criatura será libertada de los hijos de Dios" (Rom 8, 21). Aquel pueblo mesiánico, por tanto, aunque de momento no contenga a todos los hombres, y muchas veces aparezca como una pequeña grey, es, sin embargo, el germen firmísimo de unidad, de esperanza y de salvación para todo el género humano. Constituido por Cristo en orden a la comunión de vida, de caridad y de verdad, es empleado también por El como instrumento de la redención universal y es enviado a todo el mundo como luz del mundo y sal de la tierra (cf. Mt 5, 13-16).

Así como el pueblo de Israel, según la carne, el peregrino del desierto, es llamado alguna vez Iglesia (cf. Núm 20, 4, etc.), así el nuevo Israel, que va avanzando en este mundo hacia la ciudad futura y permanente (cf. Heb 13, 14) se llama Iglesia de Cristo (cf. Mt 16, 18), porque El la adquirió con su sangre (cf. Act 20, 28), la

llenó de su Espíritu y la proveyó de medios aptos para una unión visible y social. La congregación de todos los creyentes que miran a Jesús como autor de la salvación, y principio de la unidad de la paz, es la Iglesia convocada y constituida por Dios, para que sea sacramento visible de esta unidad salutífera para todos y cada uno¹⁵. Rebasando todos los límites de tiempos y de lugares, entra en la historia humana con la obligación de extenderse a todas las naciones. Caminando, pues, la Iglesia a través de peligros y de tribulaciones, de tal forma se ve confortada por la fuerza de la gracia de Dios que el Señor le prometió, que en la debilidad de la carne no pierde su fidelidad absoluta, sino que persevera siendo digna esposa de su Señor, y no deja de renovarse a sí misma bajo la acción del Espíritu Santo, hasta que por la cruz llegue a la luz sin ocaso.

Sacerdocio común y ministerial.

10. Cristo Señor, Pontífice tomado de entre los hombres (cf. 5, 1-5), a su nuevo pueblo "lo hizo reino y sacerdote para Dios, su Padre" (cf. Ap 1, 6; 5, 9-10). Los bautizados son consagrados como casa espiritual y sacerdocio santo por la regeneración y por la unción del Espíritu Santo, para que por medio de todas las obras del hombre cristiano ofrezcan sacrificios, y anuncien las maravillas de quien los llamó de las tinieblas a la luz admirable (cf. I Pe 2, 4-10). Por ello todos los discípulos de Cristo, perseverando en la oración y alabanza a Dios (cf. Act 2, 42, 47) han de ofrecerse a sí mismos como hostia viva, santa y grata a Dios (cf. Rom 12, 1), han de dar testimonio de Cristo en todo lugar, y a quien se la pidiere han de dar también razón de la esperanza que tienen en la vida eterna (cf. I Pe 3, 15).

El sacerdocio común de los fieles y el sacerdocio ministerial o jerárquico se ordena el uno para el otro, aunque cada cual participa de forma peculiar del único sacerdocio de Cristo. Su diferencia es esencial, no sólo gradual¹⁶. Porque el sacerdocio ministerial, en virtud de la sagrada potestad que posee, modela y dirige al pueblo sacerdotal, efectúa el sacrificio eucarístico, ofreciéndolo a Dios en nombre de todo el pueblo; los fieles, en cambio, en virtud de su sacerdocio real, asisten a la oblación de la Eucaristía¹⁷, y lo ejercen en la recepción de los sacramentos, en la oración y acción de gracias,

15. Cf. S. CYPRIANUS, Epist., 69, 6: PL 3, 1.142 B. Hartel, 3 B, p. 754: "inseparabile unitatis sacramentum".

16. Cf. PIUS XII, Alloc. Magnificat Dominum, 2 nov. 1954: AAS 46 (1954) p. 669. Litt. Encycl. Mediator Dei, 20 nov. 1947: AAS 39 (1947) p. 555.

17. Cf. PIUS XI, Litt. Encycl. Misericordissimus Redemptor, 8 mai 1928: ASS 20 (1928) pp. 171 s. PIUS XII, Alloc. Voulez nous avez, 22 sept. 1950: AAS 48 (1956) p. 714.

con el testimonio de una vida santa, con la abnegación y caridad operante.

Los sacramentos actualizan el sacerdocio.

11. La condición sagrada y orgánicamente constituida de la comunidad sacerdotal se actualiza tanto por los sacramentos como por las virtudes. Los fieles, incorporados a la Iglesia por el bautismo, quedan destinados por el carácter al culto de la religión cristiana, y, regenerados como hijos de Dios, tienen el deber de confesar delante de los hombres la fe que recibieron de Dios por medio de la Iglesia¹⁸. Por el sacramento de la confirmación se vinculan más estrechamente a la Iglesia, se enriquecen con una fortaleza especial del Espíritu Santo, y de esta forma se obligan con mayor compromiso¹⁹ a difundir y defender la fe con su palabra y sus obras como verdaderos testigos de Cristo. Participando del sacrificio eucarístico, fuente y cima de toda vida cristiana, ofrecen a Dios la Víctima divina y a sí mismos juntamente con ella²⁰; y así tanto por la oblación como por la sagrada comunión, todos toman parte activa en la acción litúrgica no confusamente, sino cada uno según su condición. Pero una vez saciados con el cuerpo de Cristo en la asamblea sagrada, manifiestan concretamente la unidad del pueblo de Dios, aptamente significada y maravillosamente producida por este augustísimo sacramento.

Los que se acercan al sacramento de la penitencia obtienen el perdón de la ofensa hecha a Dios por la misericordia de Éste y, al mismo tiempo, se reconcilian con la Iglesia, a la que, pecando, ofendieron; la cual con caridad, con ejemplos y con oraciones, les ayuda en su conversión. La Iglesia entera encomienda al Señor paciente y glorificado a los que sufren con la sagrada unción de los enfermos y con la oración de los presbíteros, para que los alivie y los salve (cf. Sant 5, 14-16); más aún, los exhorta a que, uniéndose libremente a la pasión y a la muerte de Cristo (Rom 8, 17; Col 1, 24; II Tim 2, 11-12; I Pe 4, 13) contribuyan al bien del Pueblo de Dios. Además, aquellos que entre los fieles se distinguen por el orden sagrado, quedan destinados en el nombre de Cristo para apacentar la Iglesia con la palabra y con la gracia de Dios. Por fin, los cónyuges cristianos, en virtud del sacramento del matrimonio, por el que manifiestan y participan del misterio de la unidad y del fecundo amor entre Cristo y la

18. Cr. S. THOMAS, Summa Theol., III, q. 63, a. 2.

19. Cf. S. CYRILLUS HIEROS, Catech, 17, de Spiritu Sancto, II, 35-37: PG 33, 1009-1012. NIC CABASILAS, De vita in Christo, libro III, "de utilitate chrismatis": PG 150, 569-580. S. THOMAS, Summa Theol., III, q. 65, a. 3 et q. 72, a. 1 et 5.

20. Cf. PIUS XII, Litt. Encycl. Mediator Dei, 20 nov. 1947: AAS 39 (1947), "praesertim", pp. 552 s.

Iglesia (Ef 5, 32), se ayudan mutuamente a santificarse en la vida conyugal y en la procreación y educación de los hijos, y, por tanto, tienen en su condición y estado de vida su propia gracia en el Pueblo de Dios (cf. I Cor 7, 7)²¹. Pues de esta unión conyugal procede la familia, en que nacen los nuevos ciudadanos de la sociedad humana, que por la gracia del Espíritu Santo quedan constituidos por el bautismo en hijos de Dios, para perpetuar el pueblo de Dios en el correr de los tiempos. En esta como Iglesia doméstica los padres han de ser para con sus hijos los primeros predicadores de la fe, tanto con su palabra como con su ejemplo, y han de fomentar la vocación propia de cada uno y con mimo especial la vocación sagrada.

Los fieles todos, de cualquier condición y estado que sean, fortalecidos por tantos y tan poderosos medios, son llamados por Dios, cada uno por su camino, a la perfección de la santidad por la que el mismo Padre es perfecto.

Fe y carismas en el pueblo de Dios.

12. El pueblo santo de Dios participa también del don profético de Cristo, difundiendo su vivo testimonio sobre todo por la vida de fe y de caridad, ofreciendo a Dios el sacrificio de la alabanza, el fruto de los labios que bendicen su nombre (cf. Heb 13, 15). La universalidad de los fieles que tiene la unción del Santo (cf. I Jn 2, 20 y 27), no puede fallar en su creencia, y ejerce ésta su peculiar propiedad mediante el sentimiento sobrenatural de la fe de todo el pueblo, cuando "desde el obispo hasta los últimos fieles seglares"²² manifiesta el asentimiento universal en las cosas de fe y de costumbres. Con ese sentido de la fe, que el Espíritu Santo mueve y sostiene el Pueblo de Dios bajo la dirección del magisterio, al que sigue fidelísimamente, recibe no ya la palabra de los hombres, sino la verdadera palabra de Dios (cf. I Tes 2, 13), se adhiere indefectiblemente a la fe dada de una vez para siempre a los santos (cf. Jds 3), penetra profundamente con rectitud de juicio y la aplica más íntegramente en la vida.

Además, el mismo Espíritu Santo no solamente santifica y dirige al pueblo de Dios por los Sacramentos y los ministerios y lo enriquece con las virtudes, sino que "distribuyéndolas a cada uno según quiere" (I Cor 12, 11), reparte entre los fieles gracias de todo género, incluso especiales, con que los dispone y prepara para realizar variedad de obras y de oficios provechosos para la renovación y una más amplia edificación de la Iglesia según aquellas pala-

21 I Cor. 7, 7: "Unusquisque proprium donum (idion charisma) habet ex Deo: aliud quidem sic, aliud vero sic". Cf. S. AUGUSTINUS, *De Dono Persev.*, 14, 37; PL 45, 1.015 siguientes: "Non tantum continentia Dei donum est, sed conjugatorum etiam castitas".

22. Cf. S. AUGUSTINUS, *De praed. Sanct.*, 14, 27: PL 44, 980.

bras: "A cada uno se le otorga la manifestación del Espíritu para común utilidad" (I Cor 12, 7). Estos carismas, tanto los extraordinarios como los más sencillos y comunes, por el hecho de que son muy conformes y útiles a las necesidades de la Iglesia, hay que recibirlos con agradocimiento y consuelo. Los dones extraordinarios no hay que pedirlos temerariamente, ni hay que esperar de ellos con presunción los frutos de los trabajos apostólicos, sino que el juicio sobre su autenticidad y sobre su aplicación pertenece a los que presiden la Iglesia, a quienes compete sobre todo no apagar el Espíritu, sino probarlo y quedarse con lo bueno (cf. Tes 5, 12 y 19-21).

Universalidad de la Iglesia.

13. Todos los hombres son llamados a formar parte del Pueblo de Dios. Por lo cual este Pueblo, siendo uno y único, ha de abarcar el mundo entero y todos los tiempos, para cumplir los designios de la voluntad de Dios, que creó en el principio una sola naturaleza humana, y determinó congregar en un conjunto a todos sus hijos, que estaban dispersos (cf. Jn 11, 52). Para ello envió Dios a su Hijo, a quien constituyó heredero universal (cf. Heb 1, 2), para que fuera Maestro, Rey y Sacerdote nuestro, Cabeza del nuevo y universal pueblo de los hijos de Dios. Para ello, por fin, envió al Espíritu de su Hijo, Señor y Vivificador, que es para toda la Iglesia, y para todos y cada uno de los creyentes principio de asociación y de unidad en la doctrina de los apóstoles y en la unión, en la fracción del pan y en la oración (cf. Act 2, 42, gr.).

Así, pues, de todas las gentes de la tierra se compone el Pueblo de Dios, porque de todas recibe sus ciudadanos, que lo son de un reino por cierto no terreno sino celestial. Pues todos los fieles esparcidos por el haz de la tierra comunican en el Espíritu Santo con los demás, y así "el que habita en Roma sabe que los indios son también sus miembros"²³. Pero como el Reino de Cristo no es de este mundo (cf. Jn 18, 36), la Iglesia, o Pueblo de Dios, introduciendo este Reino, no arrebata a ningún pueblo ningún bien temporal, sino al contrario, todas las facultades, riquezas y costumbres que revelan la idiosincrasia de cada pueblo, en lo que tienen de bueno, las favorece y asume; pero al recibirlas las purifica, las fortalece y las eleva. Pues sabe muy bien que debe de asociarse a aquel Rey, a quien fueron dadas en heredad todas las naciones [cf. Sal 71 (72), 10; Is 60, 4-7; Ap 21, 24]. Este carácter de universalidad, que distingue al pueblo de Dios, es un don del mismo Señor por el que la Iglesia católica tiende eficaz y constantemente a recapitular la Humanidad entera con todos

23. Cf. S. IO. CHRYSOSTOMUS, *In Io., Hom.*, 65, 1: PG 59, 361.

sus bienes, bajo Cristo como Cabeza, en la unidad de su Espíritu²⁴.

En virtud de esta catolicidad cada una de las partes presenta sus dones a las otras partes y a toda la Iglesia, de suerte que el todo y cada uno de sus elementos se aumentan con todos los que mutuamente se comunican y tienden a la plenitud en la unidad. De donde resulta que el Pueblo de Dios no sólo congrega gentes de diversos pueblos, sino que en sí mismo está integrado de diversos elementos. Porque hay diversidad entre sus miembros, ya según los oficios, pues algunos desempeñan el ministerio sagrado en bien de sus hermanos, ya según la condición y ordenación de vida, pues muchos en el estado religioso, tendiendo a la santidad por el camino más arduo, estimulan con su ejemplo a los hermanos. Además, en la comunión eclesiástica existen Iglesias particulares que gozan de tradiciones propias, permaneciendo íntegro el primado de la Cátedra de Pedro, que preside todo el conjunto de la caridad²⁵, defiende las legítimas variedades y, al mismo tiempo, procura que estas particularidades no sólo no perjudican a la unidad, sino incluso cooperan a ella. De aquí dimanan finalmente entre las diversas partes de la Iglesia los vínculos de íntima comunicación de bienes, y a cada una de las Iglesias pueden aplicarse estas palabras del apóstol: "El don que cada uno haya recibido, póngalo al servicio de los otros, como buenos administradores de la multiforme gracia de Dios" (I Pe 4, 10).

Todos los hombres son admitidos a esta unidad católica del Pueblo de Dios, que prefigura y promueve la paz y a ella pertenecen de varios modos o se destinan tanto los fieles católicos como los otros cristianos, e incluso todos los hombres en general llamados a la salvación por la gracia de Dios.

Necesidad de pertenecer a la Iglesia.

14. El sagrado Concilio pone ante todo su atención en los fieles católicos. Porque enseña, fundado en la Escritura y en la Tradición, que esta Iglesia peregrina es necesaria para la salvación. Pues solamente Cristo es el Mediador y el camino de salvación, presente a nosotros en su Cuerpo, que es la Iglesia, y El, inculcando con palabras concretas la necesidad del bautismo (cf. Mt 16, 16; Jn 3, 5), confirmó a un tiempo la necesidad de la Iglesia, en la que los hombres entran por el bautismo como puerta obligada. Por lo cual no podrían salvarse quienes, sabiendo que la Iglesia católica fue constituida por Jesucristo como necesaria, desdenaran entrar o no quisieran permanecer en ella.

24. Cf. S. IRENÆUS, *Adv. Haer.*, III, 16, 6, III, 22, 1-3; PG 7, 925, C-926 A et 958 A. HARVEY, 2, 87 et 120-123. Sagnard Ed. *Sources Chrét.*, pp. 290-292 et 372 ss.

25. Cf. S. IGNATIUS, M., *Ad Rom.*, Praef.: Ed. Funk, I, p. 252.

A la sociedad de la Iglesia se incorporan plenamente los que, poseyendo el Espíritu de Cristo, reciben íntegramente sus disposiciones y todos los medios de salvación depositados en ella, y se unen por los vínculos de la profesión de la fe, de los sacramentos, del régimen eclesiástico y de la comunión, a su organización visible con Cristo, que la dirige por medio del Sumo Pontífice y de los obispos. Sin embargo, no alcanza la salvación, aunque esté incorporado a la Iglesia, quien, no perseverando en la caridad, permanece en el seno de la Iglesia "en cuerpo", pero no "en corazón"²⁶. No olviden, con todo, los hijos de la Iglesia que su excelsa condición no deben atribuirla a sus propios méritos, sino a una gracia especial de Cristo; y si no responden a ella con el pensamiento, las palabras y las obras, lejos de salvarse, serán juzgados con mayor severidad²⁷.

Los catecúmenos que, por la moción del Espíritu Santo, solicitan con voluntad expresa ser incorporados a la Iglesia, se unen a ella por este mismo deseo; y la Madre Iglesia los abraza ya amorosa y solicitamente como a hijos.

Vinculación con todos los cristianos.

15. La Iglesia se siente unida por varios vínculos con todos los que se honran con el nombre de cristianos, por estar bautizados, aunque no profesan íntegramente la fe, o no conservan la unidad de comunión bajo el Sucesor de Pedro²⁸. Pues conservan la Sagrada Escritura como norma de fe y de vida, y manifiestan celo apostólico, creen con amor en Dios Padre todopoderoso, y en el Hijo de Dios Salvador²⁹, están marcados con el bautismo, con el que se unen a Cristo, e incluso reconocen y reciben en sus propias Iglesias o comunidades eclesiásticas otros sacramentos. Muchos de ellos tienen Episcopado, celebran la sagrada Eucaristía y fomentan la piedad hacia la Virgen Madre de Dios³⁰. Hay que contar también la comunión de oraciones y de otros beneficios espirituales;

26. Cf. S. AUGUSTINUS, *Bapt. c. Donat.*, V, 21, 39: PL 43, 197: "Certe manifestum est id quod dicitur in Ecclesia intus et foris, in corde, non in corpore cogitandum". Cf. ib., III, 19, 26: col. 152; V, 18, 24: col. 189; In Io., Tr., 61, 2: PL 35, 1800 "et alibi saepe".

27. Cf. Lc. 12, 48: *Omni autem, cui multum datum est, multum quereret ab eo*". Cf. etiam Mt. 5, 19-20; 7, 21-22; 25, 41-46; Iac. 2, 14.

28. Cf. LEO XIII, *Epist. Apost., Praeclara gratulationis*, 20 iun. 1894: ASS 26 (1893-94) p. 707.

29. Cf. LEO XIII, *Epist. Encycl. Satis cognitum*, 29 iun. 1896: ASS 28 (1895-1896) p. 788. *Epist. Encycl. Caritatis studium*, 25 iul. 1898: ASS 31 (1898-1899) p. 11. PIUS XII, *Nuntius radiop. Nell'alba*, 24 dec. 1941: AAS 34 (1942) p. 21.

30. Cf. PIUS XI, *Litt. Encycl. Rerum Orientalium*, 8 sept. 1928: AAS 20 (1928) p. 287. PIUS XII, *Litt. Encycl. Orientalis Ecclesiae*, 9 apr. 1944: AAS 36 (1944) p. 137.

más aún: cierta unión en el Espíritu Santo, puesto que también obra en ellos con su virtud santificante por medio de dones y de gracias, y a algunos de ellos les dio la fortaleza del martirio. De esta forma el Espíritu promueve en todos los discípulos de Cristo el deseo y la colaboración para que todos se unan en paz, en un rebaño y bajo un solo Pastor, como Cristo determinó³¹. Para cuya consecución la Madre Iglesia no cesa de orar, de esperar y de trabajar y exhorta a todos sus hijos a la santificación y renovación, para que la señal de Cristo resplandezca con mayores claridades sobre el haz de la Iglesia.

También con los no cristianos.

16. Por fin, los que todavía no recibieron el Evangelio, están relacionados con el pueblo de Dios por varios motivos³². En primer lugar, por cierto, aquel pueblo a quien se confiaron las alianzas y las promesas y del que nació Cristo según la carne (cf. Rom 9, 4-5); pueblo, según la elección, amadísimo a causa de los padres; porque los dones y la vocación de Dios son irrevocables (cf. Rom 11, 28-29). Pero el designio de salvación abarca también a aquellos que reconocen al Creador, entre los cuales están en primer lugar los musulmanes, que confesando profesar la fe de Abraham, adoran con nosotros a un solo Dios, misterioso, que ha de juzgar a los hombres en el último día. Este mismo Dios tampoco está lejos de otros que entre sombras e imágenes buscan al Dios desconocido, puesto que les da a todos la vida, la inspiración y todas las cosas (cf. Act 17, 25-28), y el Salvador quiere que todos los hombres se salven (cf. I Tim 2, 4). Pues los que inculpablemente desconocen el Evangelio de Cristo y su Iglesia, y buscan con sinceridad a Dios, y se esfuerzan bajo el influjo de la gracia en cumplir con las obras de su voluntad, conocida por el dictamen de la conciencia, pueden conseguir la salvación eterna³³. La Divina Providencia no niega los auxilios necesarios para la salvación a los que sin culpa por su parte no llegaron todavía a un claro conocimiento de Dios y, sin embargo, se esfuerzan, ayudados por la gracia divina, en conseguir una vida recta. La Iglesia aprecia todo lo bueno y verdadero que entre ellos se da, como preparación evangélica³⁴, y dado por quien ilumina a todos los hombres, para que al fin tengan la vida. Pero con demasiada frecuencia los hombres, engañados por el Maligno, se

31. Cf. Instr. S. S. C. Officii, 20 dec. 1949: AAS 42 (1950) p. 142.

32. Cf. S. THOMAS, Summa Theol., III, q. 8, a. 3, ad 1.

33. Cf. Epist., S. S. C. S. Officii ad Archiep. Boston: Denz., 3.869-72.

34. Cf. EUSEBIUS CAES., Praeparatio Evaneglica, I, 1: PG 21, 27 AB.

hicieron necios en sus razonamientos y trocaron la verdad de Dios por la mentira, sirviendo a la escritura en lugar de al Creador (cf. Rom 1, 21 y 25), o viviendo y muriendo sin Dios en este mundo están expuestos a una horrible desesperación. Por lo cual la Iglesia, recordando el mandato del Señor: "Predicad el Evangelio a toda criatura" (cf. Mc 16, 16), fomenta encarecidamente las misiones para promover la gloria de Dios y la salvación de todos.

La Iglesia misionera.

17. Como el Padre envió al Hijo, así el Hijo envió a los apóstoles (cf. Jn 20, 21), diciendo: "Id y enseñad a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado. Yo estaré con vosotros siempre hasta la consumación del mundo" (Mt 28, 18-20). Este solemne mandato de Cristo de anunciar la verdad salvadora, la Iglesia lo recibió de los apóstoles con la encomienda de llevarla hasta el fin de la tierra (cf. Act 1, 8). De aquí que haga suyas las palabras del apóstol: "¡Ay de mí si no evangelizara!" (I Cor 9, 16), por lo que se preocupa incansablemente de enviar evangelizadores hasta que queden plenamente establecidas nuevas Iglesias y éstas continúen la obra evangelizadora. Por eso se ve impulsada por el Espíritu Santo a poner todos los medios para que se cumpla efectivamente el plan de Dios, que puso a Cristo como principio de salvación para todo el mundo. Predicando el Evangelio mueve a los oyentes a la fe y a la confesión de la fe, los dispone para el bautismo, los arranca de la servidumbre del error y de la idolatría y los incorpora a Cristo, para que crezcan hasta la plenitud por la caridad hacia El. Con su obra consigue que todo lo bueno que haya depositado en la mente y en el corazón de estos hombres, en los ritos y en las culturas de estos pueblos no solamente no desaparezca, sino que cobre vigor y se eleve y se perfeccione para la gloria de Dios, confusión del demonio y felicidad del hombre. Sobre todos los discípulos de Cristo pesa la obligación de propagar la fe según su propia condición de vida³⁵. Pero aunque cualquiera puede bautizar creyentes, es, no obstante, propio del sacerdote el consumar la edificación del Cuerpo de Cristo por el sacrificio eucarístico, realizando las palabras de Dios dichas por el profeta: "Desde el orto del sol hasta el ocaso es grande mi nombre entre las gentes y en todo lugar se ofrece a mi nombre una oblación pura" (Mt 1, 11)³⁶. Así, pues, ora

35. Cf. BENEDICTUS XV, Epist. Apost. Maximum illud: AAS 11 (1919) p. 440, praesertim, pp. 451 ss. PIUS XI, Litt. Encycl. Rerum Ecclesiae: AAS 18 (1926) pp. 68-69. PIUS XII, Litt. Encycl. Fidei Documentum, 21 apr. 1957: AAS 49 (1957) pp. 236-237.

36. Cf. Didaché, 14: ed. Funk, I, p. 32. S. IUSTINUS, Dial, 41: PG 6, 564. S. IRENAEUS, Adv. Haer., IV, 17, 5: PG 7, 1.023. Harvey, 2, pp. 198 s. Conc. Trid. Sess. 22, cap. I. Denz, 939 (1742).

y trabaja a un tiempo la Iglesia, para que la totalidad del mundo se incorpore al pueblo de Dios, Cuerpo del Señor y Templo del Espíritu Santo, y en Cristo, Cabeza de todos, se rinda todo honor y gloria al Creador y Padre universal.

CAPITULO IV

L O S L A I C O S

Su importancia y misión.

30. El Santo Sínodo, una vez declaradas las funciones de la jerarquía, vuelve gozosamente su espíritu hacia el estado de los fieles cristianos llamados laicos. Cuanto se ha dicho del Pueblo de Dios, se dirige por igual a los laicos, religiosos y clérigos; sin embargo, a los laicos, hombres y mujeres, en razón de su condición y misión, les corresponden ciertas particularidades cuyos fundamentos, por las especiales circunstancias de nuestro tiempo, hay que considerar con mayor amplitud. Los sagrados pastores conocen muy bien la importancia de la contribución de los laicos al bien de toda la Iglesia. Pues los sagrados pastores saben que ellos no fueron constituidos por Cristo para asumir por sí solos toda la misión salvífica de la Iglesia cerca del mundo, sino que su excesiva función es apacentar de tal modo a los fieles y de tal manera reconocer sus servicios y carismas, que todos, a su modo, cooperen unánimemente a la obra común. Es necesario, por tanto, que todos, "abrazados a la verdad, en todo crezcamos en caridad, llegándonos a Aquel que es nuestra cabeza, Cristo, de quien todo cuerpo, trabado y unido por todos los ligamentos que lo unen y nutren para la operación propia de cada miembro crece y se perfecciona en la caridad" (Ef 4, 15-16).

Definición compleja.

31. Por el nombre de laicos se entiende aquí todos los fieles cristianos, a excepción de los miembros que han recibido un orden sagrado y los que están en estado religioso reconocido por la Iglesia; es decir, los fieles cristianos que, por estar incorporados a Cristo mediante el bautismo, constituidos en pueblo de Dios y hechos partícipes a su manera de la función sacerdotal, profética y real de Jesucristo, ejercen, por su parte, la misión de todo el pueblo cristiano en la Iglesia y en el mundo.

El carácter secular es propio y peculiar de los laicos. Los que recibieron el orden sagrado, aunque algunas veces pueden tratar asuntos seculares, incluso ejerciendo una profesión secular, están ordenados principal y directamente al sagrado ministerio, por razón de su vocación particular, en tanto que los religiosos, por su estado, dan un preclaro y extímio testimonio de

que el mundo no puede ser transfigurado ni ofrecido a Dios sin el espíritu de las bienaventuranzas. A los laicos pertenece por propia vocación buscar el reino de Dios tratando y ordenando, según Dios, los asuntos temporales. Viven en el siglo, es decir, en todas y cada una de las actividades y profesiones, así como en las condiciones ordinarias de la vida familiar y social con las que su existencia está como entretejida. Allí están llamados por Dios a cumplir su propio cometido, guiándose por el espíritu evangélico, de modo que, igual que la levadura, contribuyan desde dentro a la santificación del mundo y de este modo descubran a Cristo a los demás, brillando, ante todo, con el testimonio de su vida, fe, esperanza y caridad. A ellos, muy en especial, corresponde iluminar y organizar todos los asuntos temporales a los que están estrechamente vinculados, de tal manera que se realicen continuamente según el espíritu de Jesucristo y se desarrollem y sean para la gloria del Creador y del Redentor.

Unidad en la diversidad.

32. La Iglesia santa, por voluntad divina, está ordenada y se rige con admirable variedad. "Pues a la manera que en un solo cuerpo tenemos muchos miembros y todos los miembros no tienen la misma función, así nosotros, siendo muchos, somos un solo cuerpo en Cristo, pero cada miembro está al servicio de los otros miembros" (Rom 12, 4-5).

El pueblo elegido de Dios es uno: "Un Señor, una fe, un bautismo" (Ef 4, 5); común dignidad de los miembros por su regeneración en Cristo, gracia común de hijos, común vocación a la perfección, una salvación, una esperanza y una indivisa caridad. Ante Cristo y ante la Iglesia no existe desigualdad alguna en razón de estirpe o nacimiento, condición social o sexo, porque "no hay judío ni griego; no hay siervo o libre; no hay varón ni mujer. Pues todos vosotros sois "Uno" en Cristo Jesús" (Gal 3, 28; cf. Col 3, 11).

Aunque no todos en la Iglesia marchan por el mismo camino, sin embargo, todos están llamados a la santidad y han alcanzado la misma fe por la justicia de Dios (cf. II Pe 1, 1). Y si es cierto que algunos, por voluntad de Cristo, han sido constituidos para los demás como doctores, dispensadores de los misterios y pastores, sin embargo, se da una verdadera igualdad entre todos en lo referente a la dignidad y a la acción común de todos los fieles para la edificación del Cuerpo de Cristo. La diferencia que puso el Señor entre los sagrados ministros y el resto del pueblo de Dios, lleva consigo la unión, puesto que los pastores y los demás fieles están vinculados entre sí por necesidad recíproca; los pastores de la Iglesia, siguiendo el ejemplo del Señor, pónganse al servicio los unos de los otros, y al de los demás fieles, y estos últimos, a su

vez, asocien su trabajo con el de los pastores y doctores. De este modo, en la diversidad, todos darán testimonio de la admirable unidad del Cuerpo de Cristo; pues la misma diversidad de gracias, servicios y funciones congrega en la unidad a los hijos de Dios, porque "todas estas cosas son obra del único e idéntico Espíritu" (*I Cor 12, 11*).

Si, pues, los seglares, por designación divina, tienen a Jesucristo por hermano, que siendo Señor de todas las cosas, vino, sin embargo, a servir y no a ser servido (cf. *Mt 20, 28*), así también tienen por hermanos a quienes, constituidos en el sagrado ministerio, enseñando, sancificando y gobernando con la autoridad de Cristo, apacientan la familia de Dios de tal modo que se cumpla por todos el mandato nuevo de la caridad. A este respecto, dice hermosamente San Agustín: "Si me aterra el hecho de que soy para vosotros, eso mismo me consuela, porque estoy con vosotros. Para vosotros soy el obispo, con vosotros soy el cristiano. Aquél es el nombre del cargo, éste el de la gracia; aquél el del peligro; éste el de la salvación"¹¹².

Su misión apostólica.

33. Los laicos congregados en el pueblo de Dios y constituidos en un solo Cuerpo de Cristo bajo una sola Cabeza, cualesquiera que sean, están llamados, a fuer de miembros vivos, a procurar el crecimiento de la Iglesia y su permanente santificación con todas sus fuerzas, recibidas por beneficio del Creador y gracia del Redentor.

El apostolado de los laicos es la participación en la misma misión salvífica de la Iglesia, a cuyo apostolado todos están llamados por el mismo Señor en razón del bautismo y de la confirmación. Por los sacramentos, especialmente por la Sagrada Eucaristía, se comunica y se nutre aquel amor hacia Dios y hacia los hombres, que es el alma de todo apostolado. Los laicos, sin embargo, están llamados, particularmente, a hacer presente y operante a la Iglesia en los lugares y condiciones donde ella no puede de ser sal de la tierra si no es a través de ellos¹¹³. Así, pues, todo laico, por los mismos dones que le han sido conferidos, se convierte en testigo e instrumento vivo, a la vez, de la misión de la misma Iglesia "en la medida del don de Cristo" (*Ef 4, 7*).

Además de este apostolado, que incumbe absolutamente a todos los fieles los laicos pueden también ser llamados de diversos modos a una cooperación más inmediata con el apostolado de

112. S. AUGUSTINUS, *Serm.*, 340, 1: *PL 38*, 1483.

113. Cf. PIUS XI, *Litt. Encycl. Quadragesimo anno*, 15 mai 1931: *AAS 23* (1931) p. 221 s. PIUS XII, *Alloc. De quelle consolation*, 14 oct. 1951: *AAS 43* (1951) p. 790 s.

la jerarquía¹¹⁴, como aquellos hombres y mujeres que ayudaban al apóstol San Pablo en la evangelización, trabajando mucho en el Señor (cf. *Flp 4, 1*; *Rom 6, 3 s.*). Por lo demás, son aptos para que la Jerarquía les confíe el ejercicio de determinados cargos eclesiásticos, ordenados a un fin espiritual.

Así, pues, incumbe a todos los laicos colaborar en la hermosa empresa de que el divino designio de salvación alcance más y más a todos los hombres de todos los tiempos y de todas las tierras. Abraseles, pues, camino por doquier para que, a la medida de sus fuerzas y de las necesidades de los tiempos, participen también ellos, celosamente, en la misión salvadora de la Iglesia.

Santificar el mundo.

34. Cristo Jesús, Supremo y eterno Sacerdote porque desea continuar su testimonio y su servicio por medio de los laicos, vivifica a éstos con su Espíritu e ininterrumpidamente los impulsa a toda obra buena y perfecta.

Pero a aquellos a quienes asocia intimamente a su vida y misión, también les hace partícipes de su oficio sacerdotal, en orden al ejercicio del culto espiritual, para gloria de Dios y salvación de los hombres. Por lo que los laicos, en cuanto consagrados a Cristo y ungidos por el Espíritu Santo, tienen una vocación admirable y son instruidos para que en ellos se produzcan siempre los más abundantes frutos del Espíritu. Pues todas sus obras, preces y proyectos apostólicos, la vida conyugal y familiar, el trabajo cotidiano, el descanso del alma y del cuerpo, si se realizan en el Espíritu, incluso las molestias de la vida si se sufren pacientemente, se convierten en "hostias espirituales, aceptables a Dios por Jesucristo" (*1 Pe 2, 5*), que en la celebración de la Eucaristía, con la oblación del cuerpo del Señor, ofrecen piadosamente al Padre. Así también los laicos, como adoradores en todo lugar y obrando santamente, consagran a Dios el mundo mismo.

Apostolado del testimonio.

35. Cristo, Profeta grande, que por el testimonio de su vida y por la virtud de su palabra proclamó el Reino del Padre, cumple su misión profética hasta la plena manifestación de la gloria, no sólo a través de la Jerarquía, que enseña en su nombre y con su potestad, sino también por medio de los laicos a quienes, por ello, constituye en testigos y les ilumina con el sentido de la fe y la gracia de la palabra (cf. *Act 2, 17-18*; *Ap 19, 10*), para que la virtud

114. Cf. PIUS XII, *Alloc. Six ans se sont écoulés*, 5 oct. 1957: *AAS 49* (1957) p. 927. De "mandato et missione canonica, cf. *Decretum De Apostolatu laicorum*, cap. IV, n. 16, cum notis 12 et 15.

del Evangelio brille en la vida cotidiana, familiar y social. Ellos se muestran como hijos de la promesa, cuando fuertes en la fe y la esperanza, aprovechan el tiempo presente (cf. Ef 5, 16; Col 4, 5) y esperan con paciencia la gloria futura (cf. Rom 8, 25). Pero que no escondan esta esperanza en la interioridad del alma, sino manifiéstela en diálogo continuo y en un forcejero "con los dominadores de este mundo tenebroso, contra los espíritus malignos" (Ef 6, 12), incluso a través de las estructuras de la vida secular.

Así como los sacramentos de la Nueva Ley, con los que se nutre la vida y el apostolado de los fieles, prefiguran el cielo nuevo y la tierra nueva (cf. Ap 21, 1), así los laicos se hacen valiosos pregoneros de la fe y de las cosas que esperamos (cf. Heb 11, 1), si asocian, sin desmayo, la profesión de fe con la vida de fe. Esta evangelización, es decir, el mensaje de Cristo predicado con el testimonio de la vida y de la palabra, adquiere una nota específica y una peculiar eficacia por el hecho de que se realiza dentro de las comunes condiciones de la vida en el mundo.

En este quehacer es de gran valor aquel estado de vida que está santificado por el especial sacramento; es decir, la vida matrimonial y familiar. Aquí se encuentra un ejercicio y una hermosa escuela para el apostolado de los laicos, donde la religión cristiana penetra toda la institución de la vida y la transforma más cada día. Aquí los cónyuges tienen su propia vocación para que ellos, entre sí, y sus hijos, sean testigos de la fe y del amor de Cristo. La familia cristiana proclama muy alto tanto las presentes virtudes del Reino de Dios como la esperanza de la vida bienaventurada. Y así, con su ejemplo y testimonio, arguye al mundo de pecado e ilumina a los que buscan la verdad.

Por tanto, los laicos, también cuando se ocupan de las cosas temporales, pueden y deben realizar una acción preciosa en orden a la evangelización del mundo. Porque si bien algunos de entre ellos, al faltar los sagrados ministros o estar impedidos éstos en caso de persecución, les suplen en determinados oficios sagrados en la medida de sus facultades, y aunque muchos de ellos consumen todas sus energías en el trabajo apostólico, conviene, sin embargo, que todos cooperen a la dilatación e incremento del Reino de Cristo en el mundo. Por ello, trabajen los laicos celosamente por conocer más profundamente la verdad revelada e impetren insistentemente de Dios el don de la sabiduría.

Sanear las estructuras.

36. Cristo, hecho obediente hasta la muerte, y en razón de ello exaltado por el Padre (cf. Flp 2, 8-9), entró en la gloria de su reino; a Él están sometidas todas las cosas hasta que El se someta a sí mismo y todo lo creado al Padre, para que Dios sea todo en todas las cosas (cf.

I Cor 15, 27-28). Tal potestad la comunicó a sus discípulos para que quedasen constituidos en una libertad regia y vencieran en sí mismos el reino del pecado (cf. Rom 6, 12) e incluso sirviendo a Cristo también en los demás, condujeran en humildad y paciencia a sus hermanos hasta aquel Rey, a quien servir es reinar. Porque el Señor desea dilatar su Reino también por mediación de los fieles laicos; un reino de verdad y de vida, un reino de santidad y de gracia, un reino de justicia, de amor y de paz¹¹⁵, en el cual la misma criatura quedará libre de la servidumbre de la corrupción en la libertad de la gloria de los hijos de Dios (cf. Rom 8, 21). Grande, realmente, es la promesa y grande el mandato que se da a los discípulos: "Todas las cosas son vuestras, pero vosotros sois de Cristo y Cristo es de Dios" (I Cor 3, 23).

Deben, pues, los fieles conocer la naturaleza íntima de todas las criaturas, su valor y su ordenación a la gloria de Dios, y además deben ayudarse entre sí, también mediante las actividades seculares, para lograr una vida más santa, de suerte que el mundo se impregne del espíritu de Cristo y alcance más eficazmente su fin en la justicia, la caridad y la paz. Para que este deber pueda cumplirse en el ámbito universal, corresponde a los laicos el puesto principal. Procuren, pues, seriamente, que por su competencia en los asuntos profanos y por su actividad, elevada desde dentro por la gracia de Cristo, los bienes creados se desarrollem al servicio de todos y cada uno de los hombres y se distribuyan mejor entre ellos, según el plan del Creador y la iluminación de su Verbo, mediante el trabajo humano, la técnica y la cultura civil; y que a su manera estos seglares conduzcan a los hombres al progreso universal en la libertad cristiana y humana. Así Cristo, a través de los miembros de la Iglesia, iluminará más y más con su luz a toda la sociedad humana.

A más de lo dicho, los seglares han de procurar, en la medida de sus fuerzas sanear las estructuras y los ambientes del mundo, si en algún caso incitan al pecado, de modo que todo esto se conforme a las normas de la Justicia y favorezca, más bien que impedir, la práctica de las virtudes. Obrando así impregnarán de sentido moral la cultura y el trabajo humano. De esta manera se prepara a la vez y mejor el campo del mundo para la siembra de la divina palabra, y se abren de par en par a la Iglesia las puertas por las que ha de entrar en el mundo el mensaje de la paz.

En razón de la misma economía de la salvación, los fieles han de aprender diligentemente a distinguir entre los derechos y obligaciones que les corresponden por su pertenencia a la Iglesia y aquellos otros que les competen como miembros de la sociedad humana. Procuren acoplarios armónicamente entre sí, recordando que,

115. Ex Praefatione festi Christi Regis.

en cualquier asunto temporal, deben guiarse por la conciencia cristiana, ya que ninguna actividad humana, ni siquiera en el orden temporal, puede sustraerse al imperio de Dios. En nuestro tiempo, concretamente, es de la mayor importancia que esta distinción y esta armonía brillen con suma claridad en el comportamiento de los fieles para que la misión de la Iglesia pueda responder mejor a las circunstancias particulares del mundo de hoy. Porque, así como debe reconocer que la ciudad terrena, vinculada justamente a las preocupaciones temporales, se rige por principios propios, con la misma razón hay que rechazar la infiusta doctrina que intenta edificar a la sociedad prescindiendo en absoluto de la religión y que ataca o destruye la libertad religiosa de los ciudadanos¹¹⁶.

Sus relaciones con la Jerarquía.

37. Los seglares, como todos los fieles cristianos, tienen el derecho de recibir con abundancia¹¹⁷ de los sagrados pastores, de entre los bienes espirituales de la Iglesia, ante todo, los auxilios de la palabra de Dios y de los sacramentos; y han de hacerles saber, con aquella libertad y confianza digna de los hijos de Dios y de los hermanos en Cristo, sus necesidades y sus deseos. En la medida de los conocimientos, de la competencia y del prestigio que poseen, tienen el derecho, y en algún caso la obligación, de manifestar su parecer¹¹⁸ sobre aquellas cosas que dicen relación al bien de la Iglesia. Hágase esto, si las circunstancias lo requieren, mediante instituciones establecidas al efecto por la Iglesia, y siempre con veracidad, fortaleza y prudencia, con reverencia y caridad hacia aque-llos que, por razón de su oficio sagrado, personifican a Cristo.

Procuren los seglares, como los demás fieles, siguiendo el ejemplo de Cristo, que con su obediencia hasta la muerte abrió a todos los hombres el gozoso camino de la libertad de los hijos de Dios, aceptar con prontitud y cristiana obediencia todo lo que los sagrados pastores, como representantes de Cristo, establecen en la Iglesia actuando de maestros y de gobernantes. Y no dejen de encomendar en sus oraciones a sus prelados, para que, ya que viven en continua vigilancia, obligados a dar cuenta de nuestras almas, cumplan esto con gozo y no con angustia (cf. Heb 13, 17).

116. Cf. LEO XIII, *Epist. Inmortale Dei* 1 nov. 1885: ASS 18 (1885) p. 166 ss. Idem, *Litt. Encycl. Sapientiae christianae*, 10 jan. 1890: ASS 22 (1889-90) p. 397 ss. PIUS XII, *Alloc. Alla vostra filiale*, 23 mart. 1958: AAS 50 (1958) p. 220: "la legittima sana laicità dello Stato".

117. *Cod. Iur. Can.*, can. 682.

118. Cf. PIUS XII, *Alloc. De quelle consolation*, 1, c. p. 789: "Dans les batailles décisives, c'est parfois du front que partent les plus heureuses initiatives...". Idem, *Alloc. L'importance de la presse catholique*, 17 febr. 1950: AAS 42 (1950) p. 256.

Los sagrados pastores, por su parte, reconozcan y promuevan la dignidad y la responsabilidad de los laicos en la Iglesia. Hagan uso gustosamente de sus prudentes consejos, encárguelos, con confianza, tareas en servicio de la Iglesia y déjenles libertad y espacio para actuar, e incluso denles ánimo para que ellos, espontáneamente, asuman tareas propias. Consideren atentamente en Cristo, con amor de padres¹¹⁹, las iniciativas, las peticiones y los deseos propuestos por los laicos. Y reconozcan cumplidamente los pastores la justa libertad que a todos compete dentro de la sociedad temporal.

De este trato familiar entre laicos y pastores son de esperar muchos bienes para la Iglesia; porque así se robustece en los seglares el sentido de su propia responsabilidad, se fomenta el entusiasmo y se asocian con mayor facilidad las fuerzas de los fieles a la obra de los pastores. Pues estos últimos, ayudados por la experiencia de los laicos, pueden juzgar con mayor precisión y aptitud lo mismo los asuntos espirituales que los temporales, de suerte que la Iglesia entera, fortalecida por todos sus miembros, pueda cumplir con mayor eficacia su misión en favor de la vida del mundo.

Sean el alma del mundo.

3. Cada seglar debe ser ante el mundo testigo de la resurrección y de la vida de Nuestro Señor Jesucristo y señal del Dios verdadero. Todos en conjunto, y cada cual en particular, deben alimentar al mundo con frutos espirituales (cf. Gal 5, 22) e infundirle aquel espíritu del que están animados aquellos pobres, mansos y pacíficos, a quienes el Señor, en el Evangelio, proclamó bienaventurados (cf. Mt 5, 3-9). En una palabra, "lo que es el alma en el cuerpo, esto han de ser los cristianos en el mundo"¹²⁰.

CAPITULO V

UNIVERSAL VOCACION A LA SANTIDAD EN LA IGLESIA

En la Iglesia hay mucha santidad.

39. La Iglesia, cuyo misterio trata de exponer este sagrado Concilio, goza en la opinión de todos de una indefectible santidad, ya que Cristo, el Hijo de Dios, a quien con el Padre y el Espíritu llamados "el sólo Santo"¹²¹, amó a la Iglesia como a su esposa, entregándose a sí mismo por ella para santificarla (cf. Ef 5, 25-26), la unió a sí mismo como su propio cuerpo y la enriqueció con el don del Espíritu Santo para gloria de Dios. Por eso todos en la Iglesia, ya pertenezcan a la Jerarquía, ya pertenezcan a la

119. Cr. I Thess., 5, 19 et Io., 4, 1.

120. Epist. ad Diognetum, 6: ed. Funk, I, p. 400. Cf. S. IO. CHRYSOSTOMUS, In Mt., Hom., 46 (47) 2: PG 58, 478, de fermento in massa.

grey, son llamados a la santidad, según aquello del apóstol: "Porque ésta es la voluntad de Dios, vuestra santificación" (I Tes 4, 3; Ef 1, 4). Esta santidad de la Iglesia se manifiesta incesantemente y se debe manifestar en los frutos de gracia que el Espíritu Santo produce en los fieles; se expresa de múltiples modos en todos aquellos que, con edificación de los demás, se acercan en su propia vida a la cumbre de la caridad; pero aparece de modo particular en la práctica de los que comúnmente llamamos Consejos Evangélicos. Esta práctica de los consejos, que por impulso del Espíritu Santo algunos cristianos abrazan, tanto en forma privada como en una condición o estado admitido por la Iglesia, da en el mundo, y conviene que lo dé, un espléndido testimonio y ejemplo de esa santidad.

Jesús, modelo de santidad.

40. Nuestro Señor Jesucristo predicó la santidad de vida, de la que El es Maestro y Modelo, a todos y cada uno de sus discípulos, de cualquier condición que fuesen. "Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre Celestial es perfecto" (Mt 5, 48)¹²². Envío a todos el Espíritu Santo, que los moviera interiormente, para que amen a Dios con todo el corazón, con toda el alma, con toda la mente y con todas las fuerzas (cf. Mc 12, 30) y para que se amen unos a otros como Cristo nos amó (cf. Jn 13, 34; 15, 12). Los seguidores de Cristo, llamados y justificados en Cristo Nuestro Señor, no por sus propios méritos, sino por designio y gracia de El, en la fe del bautismo han sido hechos hijos de Dios y partícipes de la divina naturaleza, y, por lo mismo, santos; conviene, por consiguiente, que esa santidad que recibieron sepan conservarla y perfeccionarla en su vida, con la ayuda de Dios. Les amonesta el Apóstol a que vivan "como conviene a los santos" (Ef 5, 3) y que "como elegidos de Dios, santos y amados, se revistan de entrañas de misericordia, benignidad, humildad, modestia, paciencia" (Col 3, 12) y produzcan los fondos del Espíritu para santificación (cf. Gal 5, 22; Rom 6, 22). Pero como todos tropezamos en muchas cosas (cf. Sant 3, 2), tenemos continua necesidad de la gracia de Dios y hemos de orar todos los días: "Perdónanos nuestras deudas" (Mt 6, 12)¹²³.

Fluye de ahí la clara consecuencia que todos los fieles, de cualquier estado o régimen de vida, son llamados a la plenitud de la vida cris-

121. Missale Romanum, Gloria in excelsis. Cf. Lc. 1, 35; Mc. 1, 24; Lc. 4, 34; Io. 6, 69 (ho hagios tou Theou); Act. 3, 14; 4, 27 et 30; Heb. 7, 26; I Io. 2, 20; Apoc. 3, 7.

122. Cf. Orígenes, comm. Rom., 7, 7: PG 14, 1,122
B. Ps. MACARIUS, De Oratione, 11: PG 34, 861 AB.
S. THOMAS, Summa Theol., II-II, q. 184, a. 3.

123. Cf. S. AUGUSTINUS, Retract., II, 18. PL 32, 637. s. PIUS XII, Litt. Encycl. Mystici Corporis, 29 iun. 1943: AAS 35 (1943) p. 225.

tiana y a la perfección de la caridad¹²⁴, que es una forma de santidad que promueve, aun en la sociedad terrena, un nivel de vida más humano. Para alcanzar esa perfección, los fieles, según la diversa medida de los dones recibidos de Cristo, deberán esforzarse para que, siguiendo sus huellas y amoldándose a su imagen, obedeciendo en todo a la voluntad del Padre, entregarse totalmente a la gloria de Dios y al servicio del prójimo. Así la santidad del Pueblo de Dios producirá frutos abundantes, como brillantemente lo demuestra en la historia de la Iglesia, la vida de tantos santos.

Santidad en todos los estados de vida.

41. Una misma es la santidad que cultivan en cualquier clase de vida y de profesión los que son guiados por el Espíritu de Dios, y obedeciendo a la voz del Padre, adorando a Dios y al Padre en espíritu y en verdad, siguen a Cristo pobre, humilde y cargado de la cruz, para merecer la participación de su gloria. Según eso, cada uno según los propios dones y las gracias recibidas, debe caminar sin vacilación por el camino de la fe viva, que excita la esperanza y obra por la caridad. Es menester, en primer lugar, que los pastores del rebaño de Cristo cumplan con su deber ministerial, santamente y con entusiasmo, con humildad y fortaleza, según la imagen del Sumo y Eterno sacerdote, pastor y obispo de nuestras almas; cumplido así su deber será para ellos un magnífico medio de santificación. Los escogidos a la plenitud del sacerdocio reciben como don, con la gracia sacramental, el poder ejercitar el perfecto deber de su pastoral caridad¹²⁵ con la oración, con el sacrificio y la predicación, en todo género de preocupación y servicio episcopal, sin miedo de ofrecer la vida por sus ovejas y haciéndose semejantes a ellas (cf. I Pe 5, 13). Así, incluso con su ejemplo, han de estimular a la Iglesia hacia una creciente santidad.

Los presbíteros, a semejanza del orden de los obispos, cuya corona espiritual forman¹²⁶, participando de la gracia del oficio de ellos por Cristo eterno y único Mediador, crezcan en el amor de Dios y del prójimo por el ejercicio cotidiano de su deber: conserven el vínculo de la comunión sacerdotal, abunden en toda clase de bienes espirituales y den a todos un testimonio

124. Cf. PIUS XI, Litt. Encycl. Rerum omnium, 26 ian. 1923: AAS 15 (1923) p. 50 et pp. 59-60. Litt. Encycl. Casti Connubii, 31 dec. 1930: AAS 22 (1930) p. 548. PIUS XII, Const. Apost. Provida Mater, 2 febr. 1947: AAS 39 (1947) p. 117. Alloc. Annus sacer, 8 dec. 1950: AAS 43 (1951) pp. 27-28. Alloc. Nei darvi, 1 pul. 1956. AAS 48 (1956) p. 574 s.

125. Cf. S. THOMAS, Summa Theol., II-II, q. 184, a. 5 et 6. De perf. vitae spir., c. 18. Orígenes, In. Is. Hom., 6, 1: PG 13, 239.

126. Cf. S. IGNATUS, M., Magn., 13, 1: ed. Funk, I, p. 240.

vivo de Dios¹²⁷, emulando a aquellos sacerdotes que en el transcurso de los siglos nos dejaron muchas veces con un servicio humilde y escondido, preclaro ejemplo de santidad, cuya alabanza se difunde por la Iglesia de Dios. Ofrezcan, como es su deber, sus oraciones y sacrificios por su plebe y por todo el Pueblo de Dios, reconociendo lo que hacen e imitando lo que tratan¹²⁸. Así, en vez de encontrar un obstáculo en sus preocupaciones apostólicas, peligros y contratiempos, sírvanse más bien de todo ello para elevarse a más alta santidad, alimentando y fomentando su actividad con la frecuencia de la contemplación, para consuelo de toda la Iglesia de Dios. Todos los presbíteros, y en particular los que por el título peculiar de su ordenación se llaman sacerdotes diocesanos, recuerden cuánto contribuirá a su santificación el fiel acuerdo y la generosa cooperación con su propio obispo.

Son también participantes de la misión y de la gracia del Supremo Sacerdote, de una manera particular los ministros de orden inferior, en primer lugar los diáconos, los cuales, al dedicarse a los misterios de Cristo y de la Iglesia¹²⁹, deben conservarse inmunes de todo vicio y agradar a Dios y ser ejemplo de todo lo bueno ante los hombres (cf. I Tim 3, 8-10; 12-13). Los clérigos, que llamados por Dios y apartados para su servicio se preparan para los deberes de los ministros bajo la vigilancia de los pastores, están obligados a ir adaptando su manera de pensar y sentir a tan preclara elección, asiduos en la oración, fervorosos en el amor, preoccupados siempre por la verdad, la justicia, la buena fama, realizando todo para gloria y honor de Dios: a los cuales todavía se añaden aquellos seglares, escogidos por Dios, que entregados totalmente a las tareas apostólicas, son llamados por el obispo y trabajan en el campo del Señor con mucho fruto¹³⁰.

Conviene que los cónyuges y padres cristianos, siguiendo su propio camino, se ayuden el uno al otro en la gracia, con la fidelidad en su amor a lo largo de toda la vida, y eduquen en la doctrina cristiana y en las virtudes evangélicas a la prole que el Señor les haya dado. De esta manera ofrecen al mundo el ejemplo de un incansable y generoso amor, construyen la fraternidad de la caridad y se presentan como testigos y cooperadores de la fecundidad de la Madre Iglesia, como símbolo y al mismo tiempo

127. Cf. S. PIUS X, *Exhort. Haerent animo*, 4 aug. 1908: AAS 41 (1908) p. 560 s. *Cod. Iur. Can.*, can. 124. PIUS XI, *Litt. Encycl. Ad catholici sacerdotii*, 20 dec. 1935: AAS 28 (1936) p. 22 s.

128. *Ordo consecrationis sacerdotalis*, in *Exhortatione initiali*.

129. Cf. S. IGNATIUS, M. Trall., 2, 3: ed. Funk, I, p. 244.

130. Cf. PIUS XII, *Alloc. Sous la maternelle protection*, 9 dec. 1957: AAS 50 (1958) p. 36.

participación de aquel amor con que Cristo amó a su Esposa y se entregó a sí mismo por ella¹³¹. Un ejemplo análogo lo dan los que, en estado de viudez o de celibato, pueden contribuir no poco a la santidad y actividad de la Iglesia. Y por su lado, los que viven entregados al duro trabajo, conviene que en ese mismo trabajo humano busquen su perfección, ayuden a sus conciudadanos, traten de mejorar la sociedad entera y la creación; pero traten también de imitar, en su laboriosa caridad, a Cristo, cuyas manos se ejercitaron en el trabajo, y que continúa trabajando por la salvación de todos en unión con el Padre; gozosos en la esperanza, ayudándose unos a otros en llevar sus cargas, y sirviéndose incluso del trabajo cotidiano para subir a una mayor santidad, incluso apostólica.

Sepan también que están unidos de una manera especial con Cristo en sus dolores por la salvación del mundo todos los que se ven oprimidos por la pobreza, la enfermedad, los achaques y otros muchos sufrimientos, o padecen persecución por la justicia; todos aquellos a quienes el Señor en su Evangelio llamó Bienaventurados, y a quienes: "El Señor... de toda gracia, que nos llamó a su eterna gloria en Cristo Jesús, después de un poco de sufrimiento, nos perfeccionará El mismo, nos confirmará, nos solidificará" (I Pe 5, 10).

Por consiguiente, todos los fieles cristianos, en cualquier condición de vida, de oficio o de circunstancias, y precisamente por medio de todo eso, se podrán santificar de día en día, con tal de recibirlo todo ello con fe de la mano del Padre Celestial, con tal de cooperar con la voluntad divina, manifestando a todos, incluso en una servidumbre temporal, la caridad con que Dios amó al mundo.

Los consejos evangélicos.

42. "Dios es caridad y el que permanece en la caridad permanece en Dios y Dios con El" (I Jn 4, 16). Y Dios difundió su caridad en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado (cf. Rom 5, 5). Por consiguiente, el don principal y más necesario es la caridad con la que amamos a Dios sobre todas las cosas y al prójimo por El. Pero a fin de que la caridad crezca en el alma como una buena semilla y fructifique, debe cada uno de los fieles oír de buena gana la palabra de Dios y cumplir con las obras su voluntad, con la ayuda de su gracia, participar frecuentemente en los sacramentos, sobre todo en la Eucaristía, y en otras funciones sagradas, y aplicarse de una manera constante a la oración, a la abnegación de sí mismo, a un fraternal y solícito servicio de los demás y al ejercicio de todas las virtudes. Porque la cari-

131. PIUS XI, *Litt. Encycl. Casti Connubii*, 31 dec. 1930: AAS 22 (1930) p. 548 s. Cf. S. IO. CHRYSOSTOMUS, in *Ephes. Hom.*, 20, 2: PG 62, 136 ss.

dad, como vínculo de la perfección y plenitud de la ley (cf. Col 3, 14), gobierna todos los medios de santificación, los informa y los conduce a su fin¹³². De ahí que el amor hacia Dios y hacia el prójimo sea la característica distintiva del verdadero discípulo de Cristo.

Así como Jesús, el Hijo de Dios, manifestó su caridad ofreciendo su vida por nosotros, nadie tiene un mayor amor que el que ofrece la vida por El y por sus hermanos (cf. I Jn 3, 16; Jn 15, 13). Pues bien: ya desde los primeros tiempos algunos cristianos se vieron llamados y otros se encontraron llamados siempre, a dar este máximo testimonio de amor delante de todos, principalmente delante de los perseguidores. El martirio, por consiguiente, con el que el discípulo llega a hacerse semejante al Maestro, que aceptó libremente la muerte por la salvación del mundo, asemejándose a El en el derramamiento de su sangre es considerado por la Iglesia como un supremo don y la prueba mayor de la caridad. Y si ese don se da a pocos, conviene que todos vivan preparados para confesar a Cristo delante de los hombres y a seguirle por el camino de la cruz en medio de las persecuciones que nunca faltan a la Iglesia.

132. Cf. S. AUGUSTINUS, *Enchir.*, 121, 32: PL 40, 288. S. THOMAS, *Summa Theol.*, II-II, q. 184, q. 184, a. 1. PIUS XII, *Adhort Apost. Menti nostrae*, 23 sept. 1950: AAS 42 (1950) p. 660.

DISTRIBUIDORES PARA EL SALVADOR:



Tónico Reconstituyente
Droguería Cosmos

Calle Delgado 317 — Tel. 21-31-00.

La santidad de la Iglesia se fomenta también de una manera especial en los múltiples consejos que el Señor propone en el Evangelio para que los observen sus discípulos¹³³, entre los que descuelga el precioso don de la gracia divina, que el Padre da a algunos (cf. Mt 19, 11; I Cor 7, 7), de entregarse más fácilmente sólo a Dios en la virginidad o en el celibato, sin dividir con otro su corazón (cf. I Cor 7, 32-34)¹³⁴. Esta perfecta continencia por el reino de los cielos siempre ha sido considerada por la Iglesia en grandísima estima, como señal y estímulo de la caridad y como un manantial extraordinario de espiritual fecundidad en el mundo.

La Iglesia considera también la admonición del Apóstol, quien, animando a los fieles a la práctica de la caridad, les exhorta a que "sientan en sí lo que se debe sentir en Cristo Jesús", que "se anonadó a sí mismo tomando la forma de esclavo... hecho obediente hasta la muerte" (Flp 2, 7-8), y por nosotros "se hizo pobre, siendo rico" (2 Cor 8, 9). Y como este testimonio e imitación de la caridad y humildad de Cristo habrá siempre discípulos dispuestos a darlo, se alegra la Madre Iglesia de encontrar en su seno a muchos hombres y mujeres que sigan más de cerca el anonadamiento del Salvador y la ponen en más clara evidencia, aceptando la pobreza con la libertad de los hijos de Dios y renunciando a su propia voluntad, pues esos se someten al hombre por Dios en materia de perfección, más allá de lo que están obligados por el precepto, para asemejarse más a Cristo obediente¹³⁵.

Quedan, pues, invitados y aun obligados todos los fieles cristianos a buscar la santidad y la perfección de su propio estado. Vigilen, pues, todos por ordenar rectamente sus sentimientos, no sea que en el uso de las cosas de este mundo y en el apego a las riquezas encuentren un obstáculo que les aparte, contra el espíritu de pobreza evangélica, de la búsqueda de la perfecta caridad, según el aviso del apóstol: "Los que usan de este mundo, no se detengan en eso, porque los atractivos de este mundo pasan" (cf. I Cor 7, 31; gr.)¹³⁶.

133. *De consiliis in genere*, cf. *Origenes, Comm. Hom.*, X, 14: PG 14 1,275 B. S. AUGUSTINUS, *De Virginitate*, 15, 15: PL 40, 403. S. THOMAS, *Summa Theol.*, I-II, q. 100, a. 2 C. (in fine); II-II, q. 44, a. 4, ad 3.

134. *Da praestantia sacrae virginitatis*, c. TERTULLIANUS, *Exhort. Cast.*, 10: PL 2, 925 C. S. CYPRIANUS, *Hab. Virg.*, 3 et 22: PL 4, 443 B et 461 A s. S. ATHANASIUS, *De Virg.*: PG 28, 252 ss. S. IO. CHRYSOSTOMUS, *De Virg.*: PG 48, 533 ss.

135. *De spirituali paupertate et obedientia testimonia praecipua* S. Scripturæ et Patrum afferentur in *Relatione*, pp. 152-153.

136. *De praxi effectiva consiliorum quae non omnibus imponitur*. Cf. S. IO. CHRYSOSTOMUS, *Int. Mt. Hom.*, 7, 7: PG 57, 81 s. S. AMBROSIUS, *De Viduis*, 4, 23: PL 16, 241 s.